

Microtextualidades

Revista Internacional de microrrelato y minificción

Adriana Azucena RODRÍGUEZ TORRES
Universidad Autónoma de la Ciudad de México
azucena.rodriguez@uacm.edu.mx



Microtextualidades
Revista Internacional de
microrrelato y minificción

Directora
Ana Calvo Revilla

Editor adjunto
Ángel Arias Urrutia

Número 4 pp. 190-194
ISSN: 2530-8297



Este material se publica bajo
licencia Creative Commons:
Reconocimiento-No Comercial-
Sin Derivadas
Licencia Internacional
CC-BY-NC-ND

SEMBLANZA

Nació en Saltillo, Coahuila, en 1956. Es autor de novelas como *Alma sin dueño* (Conaculta, 2003), *La vitrina mágica* (Aldus/Instituto Coahuilense de Cultura, 2007) y *Las lágrimas del centauro* (Martínez Roca, 2010). Es autor de los libros de minificción *Fosa común. Ficciones súbitas* (Fósforo, 2008), *Coitus interruptus* (La terquedad, 2016) y, recientemente, *Sirenas urbanas* (Hormiga iracunda, 2018). Publica semanalmente sus “Alfileres” en el suplemento *Laberinto* del periódico *Milenio*.

Tuvimos esta conversación a propósito de la publicación de *Sirenas urbanas*, una colección de minificciones, en la que la sirena tiene algunas apariciones, acerca de diversos temas: un breve bestiario, personajes y referencias de libros y fenómenos culturales, el amor como un desasosiego permanente, espectros ridículos y situaciones absurdas de la vida cotidiana recreadas en el juego de ajedrez. Con su autorización, transcribo algunos de sus textos:

H

La H es un fantasma que se pasea silencioso por los pasillos del abecedario.

Vampiro

Andaba armado hasta los dientes.

En todas partes

Te vi en París, en Nueva York, en las calles de la Ciudad de México y en pueblos remotos. Te vi en todas partes. Pero no eras tú.

ADRIANA AZUCENA RODRÍGUEZ

¿Cómo llegas a la minificción?

Fíjate que tengo un cuaderno, entre mis cosas guardadas de hace muchos años, donde escribí algunos de mis primeros cuentos, probablemente los primeros que escribí cuando ya me propuse ser escritor después de leer a Rulfo -por casualidad, leí en una biblioteca *El llano en llamas*, me gustó mucho-. En ese cuaderno, el primer texto, fechado hace más de cuarenta años, es una minificción que se llama “Imaginación”. No es muy buena, la verdad sea dicha, pero sin darme cuenta escribí minificción desde que empecé a escribir con constancia.

Luego, pasado un tiempo, empecé a colaborar en un periódico y entregaba minificciones porque ellos querían textos breves por cuestiones de espacio. En el periódico *Vanguardia* de Saltillo, y me daban una página completa, pero un día me dijeron que se reduciría la sección cultural, entonces volví a escribir minificciones. En un momento en que la palabra minificción no se usaba, aunque ya existía. Valadés ya la usa en un ensayo que se llama “Ruta por el cuento brevísimo”, y termina ese texto diciendo “la minificción es la gracia de la literatura”. Él es probablemente el primero que usó el término en nuestro país.

Pasó el tiempo, me vine a la Ciudad de México, un día me invitaron a un encuentro de escritores en La Paz y no sabía si llevar un cuento largo o estos cuentitos. Llevé minificciones sin saber qué reacción iba a tener y como vi que gustaron, que interesaron a los asistentes, vi que podía darle por ahí. Esto fue antes del advenimiento de las redes sociales, con las que empezó el auge de la minificción en el país. Claro, ya Torri había escrito en 1917, *Ensayos y poemas*, Monterroso, Arreola.

Me enteré, no recuerdo cómo, de que le llamaban minificción en México, y empecé a ver que se usaba esa palabra, aunque también micro relato, que en España y Argentina usaban el término “microrrelato” teóricos como Clara Obligado y David Lagmanovich. Entonces ya fui más consciente de que escribía minificciones, y la reacción de los lectores me animó a continuar.

Has mencionado que leíste a Julio Torri ya iniciada tu carrera como escritor. Entonces, ¿tuviste algún otro modelo para tus escritos en formato breve?

Con Torri sucedió que me tardé que había un paisano mío que escribía textos extraordinarios, hasta que un amigo de Torreón, Alberto Madero me lo nombró. Empezaba aquella serie de “Lecturas mexicanas” y aparecieron los tres libros de Torri publicados en un solo volumen: *De fusilamientos*. Ahí conocí a Torri. Aunque no fue mi lectura inicial, sí lo considero mi maestro. Desde luego, también a Monterroso y a Arreola, a quienes leí cuando estaba empezando la carrera de comunicación. Con Monterroso, busqué no escribir fábulas. Sí escribo algunas historias sobre animales, pero no fábulas, para no imitar: si no lo voy a igualar, ¿para qué lo imito? *El libro de la imaginación* es otra de mis influencias, aunque incluye muchos autores. A Valadés lo conocí: un erudito del cuento y de la minificción; también el libro de *Cronopios y famas* de Cortázar.

¿Has tenido, en algún momento de tu historia con la minificción, alguna dificultad para publicar o distribuir tus escritos en este formato?

En la solapa de una novela que publiqué se anotó que tenía un libro inédito de minificciones. Héctor Carreto me ofreció publicarlo de inmediato. Le entregué el inédito de *Fosa común* y en tres meses ya tenía el libro en mis manos. En realidad, no he tenido dificultad para publicar minificción. La distribución es lo más complicado porque resulta que el género todavía no llega a las grandes editoriales, ocasionalmente se publica algún libro que se podría considerar de minificciones; pero las que se han dedicado a este género y a sus autores han sido las editoriales independientes, que a veces hacen ediciones muy buenas, pero de circulación escasa y los libros no llegan fácilmente a las librerías. Entonces, la dificultad no es tanto para publicar: creo que sí se está publicando mucha minificción pero buena parte de los libros no los encuentra uno fácilmente. Ojalá las grandes editoriales se interesaran más por la minificción, porque es un género literario no solamente muy interesante, el único género posmoderno (según Lauro Zavala), sino porque sí atrae a los lectores. Un libro de minificciones bien distribuido y bien promocionado se puede vender tan bien como una novela. Al libro de cuento le pasa lo mismo: sólo se publica cuando el autor ya es un reconocido novelista, o vende mucho.

“Ficciones súbitas”, “Alfileres”, “Coitus interruptus”... ¿Cuál es tu expresión preferida?

“Sudden fiction” —“Ficciones súbitas”— me gusta porque es un poco eso: en muy pocas palabras se cuenta una historia, tiene un principio —a veces implícito, lo mismo que el desarrollo— y un final. “Alfiler” también me gusta porque son textos muy breves pero hacen daño: un alfiler bien encajado puede matar a una persona. Eso es lo que busca la minificción, punzar al lector: estimularlo con unas cuantas líneas. Y de “Coitus interruptus” me gusta la ironía, una herramienta de la minificción.

¿Cuál sería, en tu opinión, la mayor aportación del género?

El hecho de que va a contracorriente de todos esos novelones de 500 o más páginas que se usan no sólo en tiempos pasados sino aún hoy. La mesa de novedades en cualquier librería tiene casi sólo novelas. Entonces la minificción sería una reacción contra lo ampuloso, lo excesivo y contra la idea de que para que un libro valga debe tener muchas páginas. La minificción demuestra que con pocas palabras se pueden lograr grandes cosas.

¿Cuál sería el rasgo más representativo del género?

El humor —la ironía, la paradoja, el sarcasmo— no es obligatorio: puede haber minificciones melancólicas, filosóficas, que no necesariamente manejan el humor, otras se acercan al poema en prosa. Sin embargo, tiene un peligro: caer en el “chistorete”, el chascarrillo, en pensar que cualquier anécdota más o menos cómica es una ficción. El humor es una cosa muy seria; tiene algo de fondo siempre: lleva a hacer una reflexión sobre algún aspecto de la vida o de la condición humana. A lo mejor puede ser una burla, una mofa de ciertas costumbres, vicios de la sociedad.

La intertextualidad es otra de mis herramientas, el diálogo que establece el texto con otros. Ahí también hay un peligro: creo que se ha abusado de la intertextualidad, sobre todo de ciertos tópicos: dinosaurios, sirenas, del principio de la *Metamorfosis*. Y creo que los minificcionistas debemos buscar otros filones, incluso buscar otras posibilidades creativas.

La elección de los títulos: la minificción empieza con su título, aunque mis alfileres no llevan título, es decir, no es obligatorio. Pero, cuando lo tiene, forma parte de la minificción: el escritor debe tener cuidado de no vender el contenido. Se tiende a títulos breves, “La huida”, “Casa”, pero también hay títulos más largos que el texto mismo, y ese es un juego del autor.

La sorpresa final es otro peligro: es fácil caer en una sorpresa facilona, y hay que huir de ella, pero es un ingrediente de la minificción. Hay que saberla manejar de tal manera que el lector no se sienta engañado sino sorprendido. Que sacuda al lector pero que no sea gratuita, no un as sacado de la manga, tiene que parecer natural aunque el lector no la haya advertido.

La síntesis: una minificción no es un cuento o una novela resumidos. Puede parecerlo, pero no lo es, un famoso profesor norteamericano decía a sus alumnos que todo libro debe poderse resumir en una sola frase. Y alguno le dijo que resumiera la Odisea en una sola frase. El profesor contestó: “Un hombre regresa a casa del trabajo”. A esa frase le agregas el título “La Odisea” y ya tienes una minificción, pero no es el resumen de la Odisea, sino que se está jugando con la intertextualidad y la brevedad. No es una síntesis de un texto que pudo haber sido más extenso, sino que tiene esa extensión porque es la extensión que requería: una línea o dos párrafos o tres. También hay minificciones que sí requieren cierto “decorado”, y alcanzan mayor extensión. En *Fosa común* hay textos que tienen más de una página, varios párrafos, sólo algunas tienen pocas líneas; pero después me propuse el reto personal de escribir textos cada vez más breves. Y cuando me invitaron en el suplemento “Laberinto” a publicar textos muy breves, sin título y que no pasaran de dos líneas, me impuse la brevedad extrema; pero también escribo y disfruto de minificciones más largas

Pero lo que más busco es la contundencia: un knock out pero en el primer round, y si se puede en el primer golpe, un golpe que sacude al lector. Por eso me gusta el nombre del alfiler, como un dardo, pero envenenado: no sólo hiere, también envenena. El humor no puede ser un humor blanco, tiene que tener malicia, con cierta dosis de perversidad. Los minificcionistas somos siempre algo perversos.

¿Intervino de alguna forma tu inserción al mundo de las redes sociales en tu proceso de creación?

Las redes sociales me cayeron como anillo al dedo: tuve un lugar donde podía publicar minificciones y tener una respuesta inmediata de los lectores y, además, experimentar. Facebook y Twitter es un espacio para experimentar, para escribir una primera versión que después se va a pulir para publicar. Llevo más de cinco años como un asiduo “colaborador” de esas redes. Hay temas que se ponen de moda, en política, sociedad, espectáculo y a veces escribo minificciones sobre esos temas buscando dar un giro distinto.

¿Cómo ves a la comunidad de minificcionistas en México? ¿Te sientes parte de ella?

Es una comunidad que, aunque no es nuestra intención, es un poco cerrada: a veces los que escribimos minificción somos también los lectores, entonces hay que intentar llegar a un público más amplio. Incluso, quienes no escriben minificción a veces tienden a despreciar, menospreciar o ignorarla. Lo mismo los críticos que se dedican a otros géneros voltean poco a la minificción. Por otro lado, cada vez hay mayor interés en talleres, se

acerca mucha gente, es un género muy atractivo para los aspirantes a escritores.

Cuéntame de tu libro más reciente, *Sirenas urbanas*. ¿Por qué la sirena es una imagen tan atractiva para la minificción?

El título viene de una minificción que se llama también “Sirenas urbanas”, pero también está el tema del ajedrez, el amor, animales fantásticos, reales y muchos otros, las costumbres. Yo digo que uno se tropieza con las minificciones por todos lados: suceden pequeños incidentes, titulares del periódico (que a veces son una minificción en sí mismos). Las sirenas más interesantes no son las del mar, sino las de la ciudad, como una metáfora de la mujer, bella y peligrosa pero interesante, misteriosa. Aunque también me he ocupado de aquellas que interesaron a Ulises. Y tal vez ya hay que decretar veda de sirenas, si no se van a extinguir.

¿Cuáles son tus proyectos futuros?

Este es el cuarto libro de minificción, luego planeo recopilar mis alfileres, y continuar con el cuento y la novela corta. La brevedad me interesa incluso como lector.